

CARTAS POLITICAS

dirijidas

Por el Doctor Don Evaristo Carriego

redactor de "Los Tiempos"

al

PRESIDENTE de la REPUBLICA

BUENOS AIRES

Imprenta de "Los Tiempos"-Calle San Martin,n°2

1885

Cartas políticas

DIRIJIDAS

POR EL DOCTOR DON EVARISTO CARRIEGO

REDACTOR DE «LOS TIEMPOS»

AL

Presidente de la República



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LOS TIEMPOS»—CALLE DE SAN MARTIN NÚM. 246

1883

Señor Teniente General D. Julio A. Roca,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Como no soy General, puedo dirigirle esta carta sin temor de que se me arreste por *desacato*.

Los Generales de la Nación, con ser el sosten de sus instituciones y la gloria de sus armas, han sido colocados por Vd. mas abajo del nivel del último ciudadano.

No pueden tener opiniones contra su política, y mucho menos manifestarlas públicamente.

Yo estoy, á Dios gracias, en otro caso, y puedo elevar mi palabra hasta la altura donde Vd. ha subido por un favor especial de la suerte.

Yo puedo hablarle de igual á igual, porque no hay mas distancia de uno á otro que la que establece una posicion transitoria y casual.

Y si hubiera alguna distancia mas, seria la que média entre un militar como Vd. que llega á la primera Magistratura de la República derribando obstáculos é imponiendo sacrificios al país, y un ciudadano, como yó que no necesita conquistarse puestos oficiales

con el esfuerzo propio ni ageno, para levantar su nombre á la altura de los que saben luchar y sufrir por la libertad.

Si el General Mansilla, hoy arrestado en el cuartel del Retiro por órden de Vd., ha sabido aprovechar una circunstancia feliz para desligarse de todo vínculo con el partidario de ayer, yo no esperé mas ocasion que la que me presentaban los desencantos propios, cuando me aparté de las sendas oscuras de su política personal para seguir otros rumbos.

Serví tres años y meses á su Gobierno, por el deseo de ver consolidada la paz, en una Nacion desgarrada largo tiempo por las discordias civiles.

Yo no tenia ningun vínculo personal ni político con Vd; pero le ví iniciar sobre las ruinas de una catástrofe una administracion llena de generosas promesas, y creí que era acto de patriotismo incorporarme á la situacion que acababa de fundarse.

Ninguna otra mira me guió en ello, y lo prueba el desinterés de mi consagracion, durante el tiempo en que creí útiles mis servicios.

Si algun mérito tienen ellos, es el haber sido prestados con el mas completo desprendimiento.

No podrá Vd. decir que me acerqué una sola vez á su despacho ó á su casa particular, ni para adularle, ni para pedirle el mas insignificante favor.

Posible es que Vd. no haya sabido explicarse hasta hoy la estraña actitud de un hombre, que defendiendo dia á dia su política, renunciase al papel de cortesano, tan comun y tan lucrativo en épocas de corrupcion.

¡Ver una frente altiva en medio de tantas cabezas humilladas!

¡No verme á mi estirando la mano como un mendigo para recoger los despojos de sus festines!

Imposible es que Vd. lo hubiera soñado siquiera, habituado á recibir las adoraciones de todo el mundo.

Yo puedo, pues, jactarme, cuando menos, de haber vivido apartado del contacto de la baja, y este será siempre mi mayor mérito.

Mérito que Vd. no ha apreciado como debía.

Es que solo los hombres verdaderamente superiores conocen el precio de la dignidad humana y saben honrarla.

Mi actitud, por el contrario, ha debido irritarle.

Acostumbrado, como lo está, á los mas serviles homenajes, se habrá preguntado entre sí con el despecho del orgullo ofendido: ¿por qué no ha venido jamás á saludarme?

Abrigo esta conviccion, porque no podria explicarme de otra manera su olvido completo de todo deber de civilidad.

Mis servicios desinteresados en la prensa valian cuando ménos una palabra de comedimiento.

No la tuvo Vd. para mi, en tres años y meses que me consagré á defender su política.

¡Yo, defendiendo Gobiernos!

Merecia cuatro balas.

Pero, en fin, Vd. me pagó como debía; no me quejo por ello.

¿Maté *Las Provincias* y fundé *Los Tiempos* para vengarme de su desdeñosa indiferencia?

Nunca me he valido de la prensa como de un instrumento de represalia personal; sin que esto importe decir que no haya derra-

mado sobre mis escritos una parte de las amarguras que rebosaban desde el fondo de mi alma.

Yo suprimí *Las Provincias* para desvincularme de su política, cuando ví que sé desenvolvía en el estrecho campo de una ambicion personal, y fundé *Los Tiempos* para ponerme al servicio de otros intereses mas elevados que los suyos.

Aunque en rutas distintas desde aquel dia, no me apresuré sin embargo á atacar los actos de su Gobierno; y si alguna vez usé de ese derecho, fué guardándole todas las consideraciones posibles.

Esperaba que Vd. mismo se desenmascarase, á medida que se fuera acercando el término de su Presidencia, y que la aproximacion de un dia siempre amargo para los que ejercen el Poder Público, como una usurpacion ó como una herencia, hiciera mas pesada su mano.

Ese momento se vá aproximando, y Vd. no puede disimularlo, á pesar de la reserva natural ó estudiada de sus planes políticos.

El tiempo le urge, y queriendo aprovecharlo de prisa, ha tenido necesariamente que ponerse en evidencia.

Habia hecho Vd. lo bastante, durante los dos primeros tercios de su administracion, para creer que el país, deslumbrado por sus progresos, pero indiferente á su suerte, responderia á una señal de su parte.

Pero no contaba Vd. con las reacciones, mas ó menos lentas pero seguras del espíritu público, y su mas grande error ha sido creer en la eternidad de las dominaciones que descansan exclusivamente sobre la fuerza.

El país no responde, como Vd. se pensaba, y ciertos movimien-

tos de opinion que ayer no mas hubiera creido imposibles, empiezan á inquietarle.

Santa-Fé, que Vd. queria entregar á Zeballos, su amigo y su instrumento, se ha puesto en actitud de resistir á toda influencia estraña.

Allí no se siguen las inspiraciones de su política, y trabajos indiscretos, ensayados con la autoridad de su nombre, han levantado el espíritu local de un pueblo heroico, educado en el culto de su soberanía.

En el mismo caso que Santa-Fé se encuentra la Provincia de Buenos Aires, que amenazada de una revolucion cada dia, se vé obligada á tomar precauciones para defenderse.

Allí tambien tiene Vd. resistencias, y un Gobierno poderoso, por la suma de intereses que representa, levanta á su vez un obstáculo insuperable para el desenvolvimiento de sus planes políticos.

Mas tarde, y á medida que Vd. vaya apretando los resortes de su poder, ha de ver que esos resortes están gastados.

No ha de llegar al ocaso de su Gobierno, sin sentir el crugido de una máquina despedazada.

Esta es la lógica de las cosas humanas, á que Vd. no dá crédito, á pesar de jactarse de haber leído muchos libros de historia.

La historia, sin embargo, ha debido enseñarle, cuan efímera es la fuerza, sin el apoyo de la opinion pública; cómo y con qué facilidad se derrumban todas las obras acometidas por el orgullo humano; á dónde van á parar los que, obsecados por el poder, se empeñan en imprimir una direccion violenta á la sociedad.

Nada ocurre en el mundo que no tenga una explicacion racional.

¿Qué le han enseñado á Vd. sus lecturas históricas, sino que

cada piedra desprendida del edificio de las usurpaciones, representa una evolucion natural de la libertad, una suma más ó ménos grande de sacrificios, un resultado lógico de la accion consciente del hombre en su eterna lucha con los opresores?

Si es otra cosa lo que Vd. ha aprendido al hojear á Tácito ó Momsem, sus libros favoritos, busque en el último de los Napoleones la teoria cesariana, que dora las cadenas con los prestigios del génio y escusa las tiranias con una palabra sin sentido para el progreso humano.

II

Aun tengo que decirle muchas verdades, y es bueno que se acostumbre á escucharlas.

La verdad es el último derecho que sacrifica la tiranía y el primero que reclama la libertad.

No siempre han de resonar á los oídos de V. los ecos de la lisonja.

Yo bien sé que un hombre acostumbrado á la adulacion, se fastidia y se irrita con la verdad; pero imite á César, el eterno modelo de los aventureros audaces, que oyó y refutó sin resentimiento un libro escrito para enaltecer la memoria del *último romano*, menoscabando la suya propia.

Peor será que se irrite, y pierda la serenidad aparente que necesita para poder decir al final de su Presidencia, como Augusto desde su lecho de muerte: *¡Aplaudid!—pues he representado bien la comedia!*

Y despues de todo, si Vd., como se dice, va derecho á la dictadura ó al nepotismo, debe seguir su táctica de disimulo, que tan buen provecho le ha dado hasta aquí.

Maquiavelo, á quien Vd. debe conocer mejor que yó, porque tiene mas necesidad de inspirarse en sus consejos, decía con mucha

razon: «Todo el arte consiste en representar el papel con propiedad y en saber disimular y finjir.»

La naturaleza y la casualidad le han favorecido á Vd. con algunas de las ventajas que se necesitan para hacer al ménos la parodia de los grandes papeles históricos.

Tiene Vd., si no el génio, el nombre, la cara y aun las propensiones de aquel gran conquistador de las Galias, en quien Sila desconfiado y astuto, adivinó mas de un Mario.

Tambien Vd. se llama *Julio*, y esconde como César en la palidez de su semblante, el pensamiento que aquel acariciaba, desde que vió llegar en tropel á su campo de Luca á los primeros personajes de Roma, deseosos de anticiparle sus homenajes.

¿Le falta más á Vd. que atravesar el *Rubicon*?

Sus tendencias, aun ocultas para muchos, no pueden engañar á ningun hombre que, como yo, haya seguido sus pasos.

Todo lo ha ido Vd. preparando para estender y radicar su influencia, demasiado poderosa para no poner en peligro nuestras instituciones democráticas.

Gefe de un partido formado en la severa disciplina de los Campamentos, le impone V. su pensamiento y su direccion del modo que se le antoja.

Nada se hace sin su consentimiento, y si se reúne un centro electoral en algun punto de la República, es contando previamente con su beneplácito.

Como Gefe de la Nacion, su poder es mil veces mayor que el de cualesquiera de los ciudadanos que le precedieron en el Gobierno del país; sin esceptuar el General Urquiza, que no obstante su

inmenso prestigio, se vió mas de una vez en la necesidad de hacer concesiones á la opinion pública.

Todo está avasayado á su voluntad, empezando ó concluyendo por el Congreso, donde tiene Vd. una mayoría disciplinada, que no pone obstáculos á su política.

Es que la eleccion de los Diputados corre de cuenta de los Gobernadores de Provincia, que son *sus agentes naturales*.

Así es como individuos, cuyos nombres nadie conocia sino Vd., por relaciones políticas ó vínculos de familia, vienen á la Capital á desempeñar sériamente el papel de legisladores.

Vd. no deja ni á sus propios Ministros la facultad de proveer los puestos vacantes.

Es Vd. quien nombra á todos los empleados de la administracion pública, incluso los porteros.

Los miembros del gabinete redactan los decretos y los firman, y esta es toda la esfera de accion y de atribuciones que Vd. les deja.

Un dia el Dr. Leguizamon (no me desmentirá) hizo á Vd. este mismo reproche, oyéndolo quejarse del recargo de sus tareas públicas.

« Tú tienes la culpa, Julio, le dijo: eso te pasa por querer intervenir en todo; si no te ocupases de nombrar hasta los porteros de los Ministerios, tendrias tiempo de sobra! »

Vd. frunció el ceño y balbuceó no sé que escusa pueril.

Lo sé por su mismo *condiscípulo*.

Si él me mintió, por darse el aire de hombre independiente, es otra cosa.

Pero, de todas maneras, el hecho de que Vd. maneja á su arbitrio la máquina complicada de la Administración pública, está en la conciencia de todo el país.

Bien podría, pues, decirse de Vd. lo que Tácito dice de Augusto, refiriéndose á la manera como éste llegó á hacerse árbitro soberano de los destinos de Roma: « Despues de haber halagado á los « soldados con donativos, al pueblo con la abundancia y á todos « con las dulzuras de la paz, comenzó á levantarse poco á poco, « llevando á sí lo que solía estar á cargo del Senado, de los Ma- « gistrados y de las leyes, sin que nadie le contradijese.»

Este es más ó ménos el caso en que Vd. se encuentra con respecto á su país, donde la opinion casi nula concluirá tal vez por arrastrarle á todo género de imposiciones violentas.

¿ A qué no podrá osar un hombre ensoberbecido por el poder y á quien nadie resiste?

Pero no se equivoque, General, contando con una autoridad que se acerca á su ocaso.

No se crea omnipotente, cuando el público se le retira, y solo van quedando, para acompañarle algunos dias mas, los cortesanos mas estrechamente vinculados á su fortuna.

Eche una mirada sobre el país, y si es capaz de conocer el espíritu que lo domina, verá que su influencia personal está gastada y minada profundamente.

Pregunte cual es el estado actual de la opinion respecto de su Gobierno, y si hay todavia hombres que hablen la verdad, reinando la mentira y la hipocresía, esos hombres le dirán que la opinion le es adversa.

Sin duda Vd. no lo creerá así; ¿dónde están, dirá Vd., los síntomas visibles del descontento público?

Están en todas partes, ménos en los salones que pueblan los cortesanos de su poder.

Están hasta en los reproches ingénuos de la amistad.

Sus mismos partidarios de ayer han empezado á murmurar públicamente, contra sus marcadas tendencias hácia la dictadura.

Hay, pues, una fuerza poderosa, que se le pone por delante, y esa fuerza, todavía invisible para Vd., es la que destruye los planes mejor combinados de la ambicion.

Esa fuerza es la libertad, único poder en el mundo que no llega ni llegará jamás á su ocaso.

III

No puede Vd. ocultar por mas tiempo sus planes de absorcion y de predominio personal.

En vano se ha empeñado en hacer una política del silencio, como Gladstone ó Bismarck.

El ojo esperto del patriotismo ha sabido leer muy claramente en el fondo de sus pensamientos mas ocultos.

Es que no hay abismo bastante profundo donde el hombre pueda ocultar, al abrigo de toda mirada indiscreta, sus ambiciones, sus proyectos ó sus esperanzas.

Es que la máscara hace siempre traicion por algun resquicio.

Y despues de todo; ¿no hay amigos á quienes confiar un secreto?

¿No hay paredes que saben oir y transmitir los écos?

Hace ya mucho tiempo que Vd. viene acariciando, entre otros pensamientos, la idea de desmembrar la Provincia de Buenos Aires, esa sombra ensangrentada que se atraviesa en los caminos de su ambicion, como el espectro de César delante de Bruto.

Dias pasados entró el General Mitre, su nueva Egeria, en casa de Vd., y mantuvo Vd. con él una conversacion reservada de cerca de dos horas.

¿De qué hablaron?

De las *fatalidades históricas*, que obligan á las naciones á girar largo tiempo en derredor de ciertas ideas y á aceptarlas al fin como *hechos necesarios*.

Hablaron del viejo y abandonado proyecto de Rivadavia, y convinieron ambos, él y Vd., un *Tucumano* y un *Porteño*, en la necesidad de dividir la Provincia de Buenos Aires, para formar de ella dos ó mas Estados Federales.

Un amigo de Vd. entró á su casa, pocos momentos despues de haber salido de ella el General Mitre, y le refirió Vd. punto por punto cuanto habia conversado con él.

—Es un hecho que fatalmente se impone, le dijo Vd.—Yo soy fatalista.—Creo en la ley ciega é inevitable de los acontecimientos históricos.—Lo que ha de suceder sucede, sin que la voluntad humana pueda evitarlo.—No hay más que la fatalidad en el inmenso círculo de accion donde giran las sociedades.—Aquí tiene Vd. los hombres de pensamiento, volviendo sobre ideas que parecian sepultadas en la misma fosa donde descansan tres generaciones, y que hoy se presentan imponiéndose con la fuerza de un convencimiento profundo.—Buenos Aires tiene que rectificar su geografía, estrechar sus fronteras, disminuir el vasto espacio que ocupa.—Es una necesidad del buen Gobierno.—Y sinó, vea Vd. qué clase de administracion se hace en la primera Provincia de la República.—Aquello es un desquicio y una vergüenza.—Es preciso hacer las cosas de otra manera; volver al proyecto de Rivadavia; fraccionar la Provincia.—Y hemos de alcanzar á ese resultado, porque es un resultado inevitable.—Buenos Aires dividido, no será temible jamás.

Así habló Vd. mas ó ménos, sin disimular sus resabios de provinciano, y con los ojos deslumbrados de codicia al ver sus sueños de ambicion realizados.

¡Desmembrar la Provincia de Buenos Aires!

Como Bonaparte desmembró la Holanda y la Italia para arrojar coronas á los piés de los miembros de su familia.

¿Querría Vd. tal vez imitar en esto, al que despues de haber domado la cerviz de los reyes, fué á agonizar como Prometeo atado á una roca en los confines de dos mares?

¿Querría Vd. desmembrar á Buenos Aires para dar Gobiernos á sus hermanos?

No lo estrañaria, viendo la solicitud con que Vd. ha sabido enriquecer y engrandecer á los suyos.

Y si fuera su propósito, al intentar aquella desmembracion, elevar á algunos de sus amigos mas hambrientos de mando, sería siempre reservándose el *dominio inmanente*, á trueque de ser reconocido como *señor ligio* de los nuevos territorios feudales.

Pero Vd. no ha pesado seguramente todo el cúmulo de dificultades con que tendría que luchar para llevar á cabo el mas inaudito de sus planes políticos.

Vd. no ha visto las resistencias que le opondría una Provincia rica, floreciente y poderosa, desde que se viese en peligro de ser desmembrada como otra nueva Polonia.

Buenos Aires se pondría de pié para defenderse, y, á parte de sus hijos traidores, no faltaría uno solo á la cita dada por el patriotismo, en la hora mas solemne de la vida de un pueblo.

Cedida su Capital para asiento y residencia definitiva de los

Poderes Nacionales, ¿qué otro sacrificio quiere Vd. imponerle todavía?

¿Que se despedace y entregue una parte de sus despojos á los políticos famélicos que le piden Condados, reservándole la soberanía?

Esta es la quimera de una cabeza desvanecida por las embriagueces del mando.

Habla Vd. de *fatalidades históricas*, sin comprender tal vez su sentido y queriendo hacer una aplicacion falsa de esa teoría á las evoluciones naturales de la vida de un pueblo libre.

Habla Vd. de *hechos que se imponen*.

Pero debia Vd. decirnos, ante todo, que esos hechos se imponen por la verdad, por que, ¿desde cuando se ha impuesto el error á los hombres?

Entónces habríamos visto, que no era la *fatalidad* la que traia al debate, al cabo de 60 años, el pensamiento de Rivadavia sobre la desmembracion de Buenos Aires, sinó la lógica y el buen sentido de la razon humana.

Vd. se ha guardado de hacerlo, porque aquel pensamiento fué simplemente una utopía del mas ingenuo, pero tambien del mas desacertado de nuestros hombres de Gobierno.

Rivadavia se equivocó en eso, como se equivocó en otras cosas, con la mejor buena fé del mundo.

Si Vd. es *fatalista*, como pretende serlo, no lo es seguramente al estilo del Arabe que se cruza de brazos, viendo estenderse sobre el horizonte del desierto la nube siniestra que ha de arrazar la miserable tienda donde se acurrucan sus hijos.

Su *fatalismo* es de otra ley; pues consiste en no creer en la Providencia, en hacer á un lado la prevision humana y en adelantarse á los sucesos, impaciente por arrebatarnos la parte mas útil.

Su *fatalismo* es simplemente un cálculo, como lo fué el *fatalismo* del primer Napoleon en la vieja y soñadora tierra de Oriente.

Pero todos los cálculos tienen su lógica, como que no son otra cosa que una operacion del espíritu.

IV

No estaba mal concebido su plan de avasallar la República, y hasta la misma fortuna parecía cooperar al logro de sus fines.

Habia Vd. conseguido en poco tiempo dos cosas indispensables para el desenvolvimiento de su política de absorcion y de predominio.

Habia conseguido deslumbrar al país con las perspectivas de una paz octaviana, y aflojar los resortes de su vida política.

La paz decorada con todas las conquistas del progreso, daba á su personalidad una influencia legítima.

Levantaba su nombre á la altura de los grandes obreros de la civilizacion humana, y aumentaba los prestigios de una juventud madurada en la ruda vida de los campamentos militares.

Su fortuna singular le habia deparado una época propicia.

Le habia entregado á discrecion, sangrando de sus heridas abiertas, un pueblo fatigado que necesitaba descanso.

Le habia hecho árbitro de su suerte, dándole esa gran fuerza que los hombres astutos saben aprovechar: la fuerza de los acontecimientos que contribuyeron á su propia elevacion.

Encontróse Vd., aunque en mas reducido escenario, como el primer Napoleon, delante de los horribles estragos de una revolucion que parecia haber acabado con el último aliento de la Francia.

Nadie le disputó sus títulos, y Vd. se sentó sobre los sangrientos despojos del último campo de batalla, para mandar con la autoridad incontestable de la victoria.

Sus promesas de gobernar en paz, hallaron naturalmente un éco simpático, y cuatro años de Administracion bajo el imperio de la tranquilidad mas profunda, dieron un rápido desenvolvimiento á la riqueza pública.

Sin negarle nada, ni el sentimiento de una legítima complacencia, al ver este espectáculo de bienestar material, lisongero siempre para un patriota, debo sin embargo decirle, que otras intenciones menos sinceras que esas se ocultaban en las profundidades de su alma.

Poniéndose al frente de los progresos del país, ¿á qué aspiraba Vd., sino á desempeñar, como el primer ideal de sus sueños, el rol histórico de Augusto y de Luis XIV?

Para poder hacer, en pequeña escala, mas semejante ese rol, y sobre todo, para sentar las bases de una dominacion personal, sacrificó Vd. aquella parte de libertad que necesitaba y sin la cual no hubiera podido llevar adelante ninguno de sus trabajos secretos.

Hallando á la República sin medios de resistirle, le pareció fácil dominarla.

Los partidos políticos, que son una necesidad y una defensa de

las instituciones democráticas, habían quedado completamente disueltos.

Vd. aprovechó esta circunstancia para apoderarse, sin el menor obstáculo, de los comicios populares, y elevar á los hombres con cuya vileza debia contar en todo momento.

No necesitaba Vd. hacer ninguna violencia; le bastaba recoger lo que el país parecia haberle abandonado.

Asi logró Vd. fundar una situación *suya*, en que sus *parientes* y sus *condiscipulos*, que son innumerables como las viejas tribus de Israel, ocupan el primer término.

Así, fomentando el egoismo de los intereses privados, adormeciendo á la República con los goces de una vida material, aprovechándose en fin del desaliento público, se dirije Vd. paso á paso, sin ruido, por una senda tan tenebrosa como la que describió el Dante en su infierno, á la realizacion del mas grande de los ideales de su vida: la perpetuidad de su dinastía.

Pero para conseguir este supremo ideal, tendría Vd. que andar mucho todavía.

Tendría necesidad de someter del todo á la Provincia de Buenos Aires, que, aunque vencida, no está suficientemente humillada.

Aunque hiciera Vd. lo posible por conseguirlo, es seguro que serian burlados sus deseos.

El Gobierno á quien amenazan sus amigos, está preparado contra toda asechanza; y no lo tomará de sorpresa ningun movimiento subversivo.

Se intentarán conspiraciones todos los dias, pero todos los dias se desvanecerán como sueños.

La Provincia de Buenos Aires está alerta y cuenta con demasiado poder para defenderse.

Esta actitud, muy prudente sin duda, ha desconcertado á algunos de los diarios situacionistas, mas briosos y mas soeces, que piden á gritos una intervencion en la Plata, á pretesto de que el Gobernador D'Amico toma precauciones para evitar un conflicto.

Sería mas que necio, si así no lo hiciera.

¿Se confiaría acaso en aquella promesa, tantas veces repetida, de que el Poder Nacional estará allí donde estalle una revuelta, para sofocarla y castigarla severamente?

Mejor es que dude de ella, y no se encomiende á la Virgen.

Harto sabemos con que facilidad se violan en esta tierra hasta los mas sagrados juramentos.

Mas vale que el Gobernador D'Amico se confíe á sí mismo; así al menos estará seguro de no ser ahogado en su propia cama.

Los rumores que yo traduzco tienen esta sencilla filosofía: guardar bien la casa.

Si Gallino la hubiera seguido, no habría tenido que ir á concluir su Gobierno en *corral ajeno*.

Me permito esta frase, por ser muy significativa.

Creo que he diseñado bien sus tendencias, y me las esplico por esa ambicion desmedida que suele apoderarse de los hombres jóvenes, cuando han llegado á las mas altas cumbres de la vida, y nada mas les queda que pedir á la fortuna que la perpetuidad de sus favores.

Nada mas que eso puede apetecer, quien como Vd. ha llegado,

en su vertiginosa carrera, al mas alto grado de la milicia y al mas elevado rango de la vida pública.

Un hombre que ha volado como las águilas, y posádose en las cimas mas altas de la grandeza republicana, no puede acostumbrarse á vivir en el llano; necesita cernirse sobre los picos de las montañas, desde donde la vista y el corazon abarcan otras perspectivas llenas de luz.

El heroismo patricio de Washington, es una escepcion de la naturaleza humana

Vd. no está hecho con el mismo barro que el fundador de la gran República, y puede, sin que nadie se sorprenda, adherirse al poder, como una tigra amenazada se adhiere al cachorro que sustenta á sus pechos.

V

Se ha dicho mas de una vez que Bonaparte halló el primer escollo de su fortuna en la guerra de España, y que aquel fué el origen de los grandes errores que prepararon y aceleraron su caída.

Creo que este juicio es inexacto.

La guerra de España, como la de Egipto, fué simplemente un fracaso militar, en que si fallaron los cálculos del génio, no debilitaron en nada su prestigio y su fuerza.

Estrellado en los muros de San Juan de Acre, Bonaparte atravesó los mares de Oriente, donde quedaban desvanecidos los primeros sueños de su juventud, para ir á apoderarse del Consulado, de la Dictadura y del Imperio.

Las llamas de Aboukir, que cerraban el camino de Europa, no estorbaron el paso del que llevaba consigo, como el vencido de Crecy, la gloria, la fortuna y el porvenir de la Francia.

Rechazado á su vez de Bailen, donde se alzó el espectro de Sagunto envuelto en sus gloriosas cenizas, Bonaparte fué á ganar las sangrientas batallas de Essling y de Wagram, que le abrieron

las puertas de Viena y le entregaron una Archiducanza de Austria para adornar su trono y su cuna.

Aun despues de la desastrosa campaña de Rusia, en que la Francia vió perecer á 400,000 de sus hijos; aun despues de la primera invasion de 1814, en que compitieron los primeros reveses de la fortuna con los prodigios del génio; aun despues de haber tomado Bonaparte el camino de la Isla de Elba, sin otro séquito que un puñado de veteranos, todavia fué necesaria otra coalicion Europea para encadenarlo en otra isla, léjos del teatro de sus increíbles hazañas.

Todavía fué necesario que la Francia pasase por el mas grande de sus desastres, despues de Azincourt; y así mismo, el cañon de Waterloo no habría anunciado á los Reyes la hora de su libertad si Bonaparte no hubiese olvidado que la gloria y el génio mismo son impotentes cuando tienen por auxiliar á la esclavitud.

El escollo de Napoleon fué él mismo.

Desconoció las fuerzas populares que habian contribuido á elevarle, y cuando pidió á la Francia abrumada bajo el peso de su dictadura el último esfuerzo, la Francia le contestó enseñándole sus cadenas.

Los opresores no conocen el poder de la libertad, sino cuando necesitan de ella para salvarse á sí propios.

Le cito estos ejemplos, para que aprenda á reconocer en ello la fuerza moral que siempre late en el fondo de todos los acontecimientos humanos.

Para que se humille delante de un poder inmensamente mayor que el suyo: el de la opinion pública, con la que es preciso contar hasta en la hora solemne de la desgracia.

No basta la fortuna, que es inconstante, ni el génio mismo, que suele escollar en el menor incidente.

La historia ha de mostrarle, que la fuerza material, aun concurriendo como un elemento necesario al colmo de las ambiciones de un hombre, se llame éste Cesar ó Bonaparte, no funda nada estable, y que sin la ayuda de esa otra fuerza moral que se llama opinion, el génio es un estorbo y la gloria misma un oprobio.

¿Qué han encontrado los opresores, sinó un puñal ó un eterno destierro?

No sabe Vd. lo que es divorciarse de los elementos populares, y embarcarse sin brújula en una nave lijera cargada solo con los proyectos de su ambicion.

Dirá Vd. como Maria Enriqueta: *Ninguna Reyna se ahoga.*

Pero se ahogan los tronos, y cuando la denonada hija de Luís XIV volvió los ojos hácia Inglaterra, despues de una terrible noche de borrasca, fué para ver voyando sobre un mar de sangre el cuerpo decapitado de su esposo.

Tambien se ahogarán sus proyectos, el día en que la opinion pública se agite en derredor de una nave que no lleva otro lastre que un monton de esperanzas insensatas.

El mar en que Vd. navega tiene escollos invisibles, que Vd. no distingue, porque solo mira una superficie tranquila.

Eche la sonda, y tocará el peligro.

Ponga el oído, y sentirá una especie de hervidero social, el inmenso murmullo de una colmena humana, algo como el rumor de un Océano de almas; el despertamiento de la conciencia pública.

Pero Vd. escucharía todo eso, y no lo creería.

Está demasiado absorto en sus pensamientos, para dar crédito á otra cosa que lo que palpa, que es su propia grandeza.

Grandeza artificial, que Vd. no siente caer en pedazos.

Es una ofuscacion que le impide sentir y palpar el desmoronamiento de un poder que vacila, no hallando una fuerza verdadera y lejítima en que apoyarse.

VI

Los políticos discretos nunca andan demasiado á prisa.

Dan á las ideas el tiempo que necesitan para germinar en la conciencia pública, y cuando se convierten en aspiraciones comunes, despues de una elaboracion paciente y fecunda, recien entonces las traducen en hechos.

Precipitar las cosas es malograrlas.

Cuando un hombre quiere anticiparse á su época, se pierde.

Eso fué lo que le sucedió á Rivadavia, el mas austero y abnegado de nuestros hombres públicos.

Vuelto de Europa, con la cabeza llena de los grandes écos que habian resonado allí á la caída de un trono, quiso ensayar en su país, nacido recién á la vida, algunas de las teorías que la revolucion francesa, ébria de esterminio y de sangre, habia escrito con el puñal de los asesinos.

Habia visto destruir los altares, confiscar los bienes de las Iglesias, proscribir el Culto Católico, y cuando tuvo influencia y poder, se dió á imitar todo aquello.

Creyó que el pais estaba preparado para seguir esas corrientes, sobre las cuales tuvo que volver mas tarde la misma Francia alec-

cionada, y se lanzó ciego en el camino siempre peligroso de las innovaciones religiosas, para no hallar al fin otros frutos que las amarguras del desencanto.

Peor que esto todavía; para ver ensangrentada y despedazada á su patria.

Sin duda que procedió con toda la buena fé de una alma desinteresada; pero los errores de los hombres públicos, aunque sean sinceros, no dejan de causar hondos males.

La República sabe donde fué impulsada por aquel hombre, á quien no le faltó ni el destierro para asemejarse al mas virtuoso de los griegos.

Sí traigo á la memoria este recuerdo casero, es porque noto una marcada tendencia en Vd.: la de imitar, no las virtudes de Rivadavia, sinó los errores, que él mismo tuvo la rara humildad de confesar en los postreros días de su vida.

¿Por qué no le ha tomado Vd. por modelo de sinceridad, de abnegacion, de desprendimiento?

Vd. ha elegido la parte mas oscura del hombre de gobierno, para seguir sus huellas.

Ha tomado los falsos mirajes del político que se equivocó mas de una vez, para ensayar de nuevo las teorías que el pais ha pagado con su sangre.

¡Y ni siquiera tiene Vd. como excusa la buena fé con que aquel austero patricio ha podido responder ante el tribunal de la posteridad, que ha juzgado sus actos.

Su propósito de desmembrar la Provincia de Buenos Aires, no es sincero.

Lleva Vd. en ello un interés personal, que podría llamarse *dinástico*.

Quiere Vd. despedazarla, para debilitar una fuerza que disminuye la suya.

Busca Vd. simplemente la desaparición de un estorbo.

Yo me esplico todo esto; pero no me esplico otra cosa.

No me esplico sus innovaciones religiosas, y mucho menos las violencias á que ha apelado contra los Obispos Católicos.

Lo menos que Vd. ha debido hacer, en interés propio, era agitar y anarquizar las conciencias, era provocar una lucha estéril, inoportuna é inconveniente para su ambición misma.

El país iba, como Vd. quería que fuese, en paz y en silencio, sin preguntar siquiera que mano lo dirigía.

De repente cambió Vd. de táctica; se puso en pugna con la Iglesia, por la sancion de una ley que ella ha clasificado de impía, y se dió á perseguir á los Obispos, que en cumplimiento de sus deberes apostólicos, mostraron el peligro de la enseñanza laica para una sociedad eminentemente católica.

Aun siendo Vd. un pensador de buena fé, en materias sujetas al dominio de la conciencia, no tendría excusa.

Ante todo, ¿qué era Vd, sinó el Gefe de una Nacion, que tiene escrito en sus propias instituciones el culto de sus antepasados?

Vd. olvidó hasta eso, ávido sin duda de los aplausos que buscaba solícita Catalina II, al travez de un barbaro despotismo, entre los Enciclopedistas del último siglo.

Olvidó hasta sus propios intereses, sublevando contra sí mismo, de una manera imprudente, elementos mas poderosos que los que habian resistido á su fortuna política.

Fuerzas dormidas hasta entonces y que no le eran absolutamente hostiles.

No tiene Vd. poder bastante contra las conciencias irritadas.

Otro hombre mas grande que Vd., por su gloria y su genio, se estrelló impotente ante la voluntad de un Sacerdote sin victorias y sin Ejércitos.

Ese hombre fué Napoleon, que no pudiendo conseguir de Pio VII. una sentencia de divorcio para su hermano Gerónimo, exclamó en medio de su grandeza despechada: *Veo en mi siglo un Sacerdote mas poderoso que yo: él reina sobre el espíritu y yo no reino mas que sobre la materia; los sacerdotes se reservan el alma y solo me dejan un cadáver.*

No sabe Vd. que abismo ha cavado, hiriendo con mano violenta y pesada el único sentimiento que no cae bajo el dominio de ninguna tiranía humana: el sentimiento de una creencia religiosa.

Ha cometido Vd., pues, el mas grande de los errores, y ya verá que clase de resistencias se ha suscitado á sí mismo.

Mientras un pueblo es dueño de su conciencia, puede sufrirlo todo.

La Irlanda aguanta el yugo de la Inglaterra, porque esta no ha cometido todavía la indiscrecion de destruir sus altares.

VII

Nada hay mas difícil que saber bajar de las alturas á que Vd. ha llegado.

Para subir, hay muchos caminos y muchos medios.

Se sube de todas maneras: con golpes de audacia, sobre espaldas ajenas, trepando de frente, arrastrándose como una culebra, bifurcando el camino, yendo derecho, derramando el oro ó la sangre: á puñal ó á remington.

La montaña es ciertamente escabrosa, pero no inaccesible.

Hay infinitos recursos para trepar hasta la cima con la astucia del zorro, la vileza del reptil ó el altivo vuelo del águila.

Todo esto es comun, y nadie se sorprende de haber visto escalar el poder aun á los mas ruines é incapaces: es cuestion mas de fortuna y de atrevimiento, que de virtud y de inteligencia.

Pero otra cosa es bajar de un puesto donde se han saboreado todos los goces del poder, donde se ha vivido en un continuo deslumbramiento, donde se ha respirado el ambiente embriagador de la adulacion, donde se han arraigado los hábitos del mando, donde se han creado otros intereses, donde la vanidad humana se siente adherida por multitud de estímulos poderosos.

Es mucho mas difícil descender que trepar á la cumbre.

Contado es el que resigna el poder con la sinceridad de un patriotismo abnegado.

Solo conozco una rara escepcion de esas: el General D. Lucio Mansilla, padre de otro General lleno de talento y de méritos, á quien Vd. ha castigado con un arresto por su *importuna* franqueza.

El héroe de Obligado ha sido el único en este pais, que, dando un alto ejemplo de abnegacion republicana, se negó á continuar en el Gobierno de una Provincia Argentina, para el cual habia sido reelecto por segunda vez.

Parece que Vd. está poco dispuesto á imitarle, no obstante haber venido á la primera Magistratura de la República 60 años despues, cuando la opinion debería tener mas imperio que en aquella época.

Todo hace suponer que Vd. tiene el propósito de nombrar su sucesor, y hasta se designa el nombre de un miembro de su familia.

Si así fuera, no habría presenciado el pais en ningun tiempo, ni en los mas azarosos de su vida, un escándalo igual, y todas las resistencias para impedirlo estarian perfectamente justificadas ante el decoro público, el derecho y la libertad.

Su política, llena de reticencias, parece desenvolverse en ese círculo estrecho, á la sombra de una paz artificial y precaria, que va tomando todos los caracteres de una amenaza contra las libertades públicas.

Gobernantes que responden á esa política, pueden descansar tranquilos en la impunidad de sus atentados.

Provincias que siguen un opuesto camino, van llevando una vida de profundas zozobras:

El país empieza á agitarse instintivamente.

¿Cuál es el peligro que lo amenaza?

Nadie puede señalarlo con precision.

Pero todos se transmiten la alarma previendo soluciones violentas.

Todos se preguntan con inquietud: ¿dónde estan las nubes precursoras de la tormenta?

Unos observan el horizonte, y no ven el punto sombrío.

Otros ponen el oido, y no escuchan mas que un solo rumor: el rumor del trabajo.

Y sin embargo y á pesar de todas esas ilusiones de la paz, empieza á sentirse una fuerte opresion en el alma.

¿Es Vd. extraño á todo cuanto pasa?

No puedo creerlo asi, al ver á sus propios amigos agitando la enseña de la guerra civil, pidiendo á gritos, en diarios costeados por el tesoro Nacional, la caída del Gobierno de la mas populosa Provincia de la República.

Por lo menos, acepta Vd. esa propaganda subversiva y criminal con la solidaridad del silencio, dejando que su nombre ande mezclado en todas las conspiraciones pensadas ó tramadas, para dar tan vergonzoso espectáculo al final de su Presidencia.

Y si Vd. fuera extraño á todo cuanto pasa á su propia vista, incluso el último escándalo de las Parroquias, ¿cómo explicaría el Cefe de la Nacion, de una manera tranquilizadora para la libertad, la militarizacion de la Policía y la extraña concentracion de tro-

pas en una Ciudad comercial, donde no se siente el menor síntoma de perturbacion?

¿A qué respondé todo este aparato militar?

¿Dónde está el peligro que amenaza conturbar la paz, en una Nacion desarmada y vijilada por 10,000 soldados de línea?

¿Con qué poder y con que bandera se levantaría el insensato que osase producir un conflicto contra el órden reinante?

No hay un solo hombre que pueda desafiar á la Nacion, y Vd. lo ha hecho repetir muchas veces en los diarios encargados de sostener su política.

Ayer no más, el que lleva la voz entre todos ellos, hacia ver hasta que punto es una locura soñar siquiera en alterar el órden.

Y yo soy el primero en creerlo, en presencia de un Ejército poderoso y delante de un cúmulo de intereses conservadores, que son los que mejor sirven para custodiar y afianzar la paz pública.

Pero esta tierra se mueve, General, y no hay otro que tenga poder para moverla sinó Vd.

¿Con qué interes?

Con el interes de darnos un sucesor que perpetue su influencia en el Gobierno del país.

Para colocar un hombre de su confianza en la Presidencia, un amigo, un pariente.

Mejor un pariente que un amigo, porque la familia ata á los hombres por los vínculos de la sangre, que son regularmente mas fuertes que los de la amistad.

Esta es su última y suprema aspiracion al bajar del poder.

Lo estoy viendo descender por ese camino, sin necesidad de que Vd. revele sus pensamientos con palabras indiscretas.

Comprendo y me hago cargo de la situación de su espíritu.

Las luchas de la ambición han de ser tremendas, no las conozco, pero me las imagino.

Tremendas para un hombre joven, á quien la adulación mas servil ha hecho creer que nada podia resistirle y que podia osarlo todo.

¡Que difícil es el descenso para Vd!

VIII

¡Qué difícil es el descenso para Vd.!

Estas eran las últimas palabras de mi carta de ayer.

Difícil descenso, para el que no sabe inspirarse en la sublime grandeza con que Washington, libertador de un mundo, bajaba voluntariamente á confundirse con el último hombre del pueblo, para dar este postrer testimonio de sus virtudes públicas á una Nacion admirada y agradecida.

Difícil para Vd., que no es capaz de seguir tan altos ejemplos, ni comprender siquiera, que la mas pura gloria del ciudadano se cifra en devolver sin violencia á su país el poder que él confió á su patriotismo y á su honradez.

Lo que Vd. quiere está visto; es poner ese sagrado depósito en manos de una persona que le garanta su devolucion, cuando le llegue tambien el turno de entregarlo á su vez.

Pacto de familia para el porvenir, con que nadie puede contar.

No pudiendo constitucionalmente aspirar á la reeleccion, aspira Vd. á transmitir el poder á un pariente suyo, y á ese plan se encaminan todos sus trabajos.

La manera de facilitar su realizacion, seria disponer de la suerte de Buenos Aires, y como este es el punto de mayor resistencia, se empeña Vd. naturalmente en hacerlo desaparecer.

Arbitra los medios de hacer allí, como en el resto del pais, una situacion que le pertenezca.

Si el Gobernador D'Amico viniera abajo, no quedaria obstáculo por vencer.

La Provincia de Buenos Aires en manos de un instrumento suyo, seguiría dócilmente sus rumbos.

Este es un plan muy sencillo.

¿Cómo se manejaría Vd. para llevarlo á cabo con éxito, y sobre todo, con la reserva que en tales casos impone el propio decoro?

Yo no lo sé; pero yo en su lugar haría un simulacro de revolucion en la Capital, con vinculaciones en la Provincia, y despues diria como César: *las armas atraen á sí todos los derechos.*

Y despues me haria obedecer como Carlos XII mandando una bota al Parlamento.

El simulacro seria hecho naturalmente con el mayor sigilo posible, á deshoras de la noche, en barrios apartados, á los gritos de *¡ Viva Rocha! ¡ Abajo el Gobierno Nacional!.*

La Policia, preparada como yá lo está, caería sobre los revolucionarios y trabaría con ellos un combate..... sin sangre y sin muertos.

El resultado ya Vd. lo habrá previsto: una revolucion casi sofocada, el estado de sitio en la Capital y la intervencion en la Provincia de Buenos Aires.

Armado así el Gobierno con la dictadura legal, desterraría ó encarcelaría unos cuantos gritones y mandaría al Dr. D'Amico á tomar mate en su casa.

Me parece que este plan no es despreciable.

Pero puede ser modificado por Vd., que en esas materias ha de ser indudablemente mas hábil que yo.

El caso es buscar pretextos para poder dominar, sin grandes escándalos, con una apariencia de legalidad, que es todo cuanto hoy se necesita, la situacion de la Provincia de Buenos Aires.

Una vez conseguido este objeto, la eleccion Presidencial, ya próxima, otra parodia de nuestras instituciones democráticas, no le daría quebraderos de cabeza.

Saltemos ahora por todas las dificultades y lleguemos á este caso: la trasmision del poder á un miembro de su familia, última afrenta para la República.

Y yo le pregunto: ¿qué habría conseguido Vd. con eso?

¿Asegurar su predominio personal en el pais?.

Si viese Vd. el fondo del corazón humano, se guardaría de intentarlo.

Retrocedería ante la idea sola de imponer un sucesor á la República, para recoger como único fruto, en medio de las maldiciones de sus conciudadanos, la ingratitud con que se pagan siempre tan grandes servicios.

Registre la historia y verá que enseñanzas le ofrecen.

Verá que nunca, un hombre que elevó á otro hasta la altura en que Vd. se encuentra, recibió otro premio que la perfidia.

Lo ha dicho Maquiavelo, que tan profundamente alcanzó á leer

en el alma humana: *el que procura el engrandecimiento de otro, labra su propia ruina.*

Tales servicios sobrepasan la medida del agradecimiento y no tienen mas que una recompensa: la que Sarmiento recibió de Avelleda y la que este recibió de Vd. mismo.

Al dia siguiente de elevar Vd. un miembro de su familia, tendría en él un enemigo.

Al mas péfido de todos; porque tendría necesidad de calumniarle, para tener el derecho de ser desagradecido.

El que manda quiere mandar siempre solo; toda influencia estraña le irrita; todo acto que tenga el caracter de una imposicion, le subleva.

No parece sino que el hombre ha nacido para mandar sin rival, cuando se despierta hasta en el mas bruto, estando arriba, la tendencia natural á absorverlo todo.

Esto sucedió con Antelo, á quien Vd. hizo Coronel por haber traicionado á Febre, y no puedo citar un ejemplo mas pertinente.

¿Vale, pues, la pena, General, que Vd. se dé un sucesor atropellando las libertades públicas, cometiendo un escándalo inaudito, bajando del poder odiado y maldecido por su pais?

Vd. sabrá decir, si la recompensa esperada estaría á la altura del sacrificio.

Si unos cuantos dias mas de influencia en el Gobierno, podrian equivaler á la gloria de resignar el mando en manos del pueblo que se lo confió.

Tiene Vd. mayor capital que el que busca á la sombra de un

pariente desconocido, jugando al azar peligroso de las usurpaciones.

Vd. tiene servicios que nadie le podrá disputar, y que se olvidarían el día en que desconociendo su verdadera gloria, se alzase con el voto del país para engrandecer á su propia familia.

IX

A fuerza de abusar de las palabras, se concluye siempre por abusar de los hechos.

Hay una de ellas que Vd. viene empleando con marcada insistencia, hace mucho tiempo.

Esa palabra es la *paz*, tras la cual suele encontrarse con ménos frecuencia la libertad que la tiranía.

Palabra que Francia no cesó de repetir durante treinta años, mientras el Paraguay dormía á la sombra de su bárbaro despotismo.

Palabra de que se ha abusado comunmente y que nunca ha tenido mas aduladores que en esta época de sensualidad y de corrupción.

La paz ha sido y será siempre el programa de todos los opresores.

Ninguno de ellos ha dejado de levantarla como bandera, para buscar á su sombra las impunidades del crimen.

¿Quiere Vd. la paz, General?

Todos estamos animados de la misma pasión por el bien público.

Todos aspiramos á vivir en la mas perfecta tranquilidad.

Solo que Vd. interpreta á su modo este sentimiento común.

Solo que Vd. busca el órden como un fin, y nosotros como un medio.

Su ideal es la fuerza; el nuestro la libertad: ambos sin embargo apoyados en el mismo elemento.

¿Tiene Vd. mas razon que nosotros?

No, porque nunca hay razon para sacrificar el derecho.

» El poder sin el derecho, decia Lord Chattam, es el objeto mas » detestable que puede ofrecerse á la imaginacion humana; no » solo es pernicioso á aquellos á quienes somete, sinó que labra » su propia destruccion».

La paz, en hora buena; pero como medio de impulsar la sociedad hácia un órden mejor.

No la paz que imponen las bayonetas, con el fin de dar estabilidad al poder.

No la calma que resulta de la esclavitud.

Si Vd. quisiera la paz, como debe sér, empezaría por ahorrar al país los sacrificios que impone un Ejército permanente.

¿Quién la sostendría mejor que un pueblo aleccionado por la esterilidad de sus discordias domésticas?

« Nada hay tan débil, dice Maquiavelo, como el poder que no » se defiende con la ayuda de los ciudadanos».

Una paz guardada por las bayonetas, será siempre odiosa á un pueblo acostumbrado á la libertad.

Y esa es la paz de que Vd. nos habla hace tanto tiempo.

Y esa es la promesa con que Vd. subió al Gobierno del país, abriendo dilatados horizontes al trabajo; pero comprimiendo al mismo tiempo las fuerzas expansivas de la libertad.

Nadie ha de poner en duda sus esfuerzos, por llenar la primera y la mas grande de las aspiraciones de un pueblo que sale sangrando de una guerra civil; ¿pero, cómo ha cumplido Vd. aquellas promesas?

Apoderándose de todos los resortes que daban movimiento y vida á las pasiones políticas.

Cercenando al pueblo sus derechos y robusteciendo cada dia mas su poder personal.

Vd. nos ha dado *paz*; pero se ha quedado con los comicios, para hacer Diputados y Gobernadores segun le plazca.

Nos ha dado *administracion*; pero reservándose el derecho de dirigir á su modo los negocios públicos.

¿Nada mas queda que aspirar despues de eso?

Queda que aspirar otra cosa, General, y es un Gobierno mas respetuoso con la opinion.

Un Gobierno que levante como bandera, no el orden, sinó la ley; porque solo en la ley puede hallarse la libertad.

No somos un monton de cerdos, sin otras ambiciones que las de comer y engordar.

Tambien tenemos derechos y aspiramos á ejercerlos.

Quítenos, pues, la pistola del pecho, que si ese era tambien un *argumento* para un filósofo como Rousseau, no lo es, ni debe serlo, para un hombre público como Vd.

X

Si Vd. *prefería la guerra civil* CON TODOS SUS HORRORES, antes que renunciar á su candidatura, ¿qué no preferiría el país, antes de dejarse arrebatado por Vd. el derecho de elegir á su primer Magistrado?

Puesta la República en la alternativa en que Vd. la coloca, de optar entre su libertad y su oprobio, no vacilaría de seguro.

Repetiría, con mas razon y patriotismo que Vd., aquellas palabras dictadas por la mas insensata ambicion: *antes la guerra civil con todos sus horrores.*

Y todo cuanto un pueblo sabe sacrificar en aras de su libertad: su reposo, su fortuna, su vida, estaría justificado de antemano en la conciencia imparcial de la posteridad.

Vd. repite sus amenazas para hacerle retroceder del camino que sigue.

Cuando Vd. no retrocedió delante de *los horrores de la guerra civil*, que contempló impacible, ¿qué podría conmoverle ni detenerle?

Vd. tiene el Ejército, y mira á la opinion pública con el supre-

mo desden del que no la ha necesitado, ni para elevarse, ni para conservarse en un alto puesto.

No le importan las resistencias del derecho, acostumbrado, como todavía lo está, á vencerlas por la fuerza.

La fuerza que es su ley, y que constituye la *moral* de su sistema político.

Pero es bueno ponerlo en presencia de las declaraciones que hizo en un momento solemne, para que reconozca al ménos la filiacion histórica que ellas tienen, con los sucesos trascendentales que el país ha visto y verá desenvolverse en un porvenir cercano.

Si no hubiera para los pueblos libres un derecho escrito que legitimase esas resistencias, sus mismas declaraciones sentarian el precedente y la jurisprudencia del hecho.

Vd. habrá enseñado á la República, con el ejemplo de su egoismo personal, lo que á ella le tocaría que hacer delante de la mas odiosa usurpacion.

Contra este derecho incontestable viene Vd. oponiendo los intereses de la paz.

Igual argumento le hicieron á Vd. en 1880, y ¿cómo contestó?

Con un grito de guerra, que repitieron en seguida 60,000 combatientes.

Yo no me debo á mi mismo, dijo Vd. á los que le pidieron su renuncia como condición del desarme de una gran ciudad sublevada: *yo no soy mas que el GERENTE DE UNA CASA COMERCIAL.*

Y á estas palabras, que jamás se habian oído en boca de nin-

gun Argentino, contestó Buenos Aires con la sangre de 3,000 de sus hijos.

Ahora ha cambiado Vd. de lenguaje y dice: *estoy resuelto á concluir mi Gobierno en paz y no permitiré que nadie la altere.*

Quien habla así es el hombre político, que quiere asegurar el poder contra las eventualidades de un movimiento popular.

Así piensa Vd. hoy estando en posesion de la autoridad pública y tomándola como cosa suya.

Pero nosotros pensamos como pensaba Vd. General, cuando disputando la Presidencia, como puede disputarse la vida, arrojaba al país un grito de esterminio y de muerte, que aun resuena lúgubremente en sus oídos.

Nosotros pensamos que la paz, aun siendo un gran bien, puede y debe ser sacrificada á la libertad.

Nosotros pensamos—¿y,—por qué nó?—que si mañana se empenase Vd. en imponernos un sucesor, deberíamos contestarle con sus mismas palabras: *antes que eso, la guerra civil con todos sus horrores!*

Su amor á la paz no es mas desinteresado que el nuestro.

Vd. la ama por su propio interés.

Nosotros por el interes público.

Por eso su amor es mas ciego, y el nuestro mas racional.

Por eso quiere Vd. sacrificarlo todo á su pasion dominante, en tanto que nosotros manteniéndonos en un justo límite, hacemos una prudente y legítima reserva de nuestros derechos de hombres libres.

Vd. quiere la paz sin condiciones, y nosotros la queremos de

manera que no se convierta en una celada ó en un peligro evidente.

De aquí sus constantes advertencias, para que nadie, ni durmiendo ni despierto, tenga la insensatez de creer que es posible turbar la tranquilidad pública.

¿Quién puede creer eso, General?

Solo Vd. mismo, que tiene necesidad de allanar los sérios obstáculos que empiezan á inquietar su política.

Solo Vd. mismo, que tiene entre sus manos el *incontrastable poder de la Nacion*, y que puede usarlo en su propio provecho.

Por mas que parezca una paradoja, la paz pública no tiene otro enemigo que Vd.

Hablo de la paz verdadera, que es la que nosotros queremos, que es la que Vd. no quiere, General.

Porque esa clase de paz, excluyendo toda imposición vejatoria, anularía su propia personalidad.

Lo que Vd. llama paz, es la negación de la vida de un pueblo libre; es su voluntad sobre puesta á la voluntad de todos; es el derecho de pensar, de sentir y de obrar por el país entero.

Si la entendiera de otra manera, ¿quién dudaría un solo momento de la estabilidad de las cosas presentes?—¿quién se acercaría con temor al término de su Presidencia?—¿quién miraría el porvenir con angustiosa zozobra?

Pero las inquietudes públicas, cada día mas crecientes, ante los aparatos alarmantes de la fuerza, acusan una situación excepcional.

Una paz verdadera, que garantizase al país el ejercicio tranquilo de su soberanía, no lo mantendría en una ansiosa expectativa.

¿Qué pueblo bien gobernado, se encuentra acometido de súbito de un desasosiego profundo?

¿Qué pueblo que se siente verdaderamente libre, vé aproximarse temblando el día en que está llamado á ejercer el acto mas solemne de su vida?

¿Qué pueblo feliz y satisfecho de si mismo, se detiene asaltado por presagios siniestros?

Sí hay, pues, síntomas de inquietud y de descontento en medio de la profunda paz en que vivimos, es por que esta paz no llena las aspiraciones comunes.

Es porque ella deja un vacío en el alma del pueblo: el vacío de la libertad, que no llenan todas las prosperidades del mundo.

Pero Vd. necesita para sus fines personales, esa paz artificial y precaria, y por eso nos ha encerrado en un círculo de bayonetas.

Vd. sabe bien que no se resuella así facilmente, y que cuando un hombre habla con esa clase de argumentos, debe estar cuando ménos seguro de convencer á muchos:

XI

Entre las muchas cosas malas que hizo Sarmiento, siendo Presidente, podrian recordarse algunas, muy buenas, que hicieron distinguir al hombre de Estado en medio de sus geniales estravagancias.

Una de esas cosas que honraron su patriotismo y su prudencia, fué la de impedir, en todo cuanto pudo, que los Gefes con mando activo en el Ejército desempeñasen magistraturas civiles.

Si mal no recuerdo, hubo á este propósito durante la guerra de Entre Rios, una òrden del dia que sirvió de freno á muchas ambiciones nacientes.

Vd. ha seguido otra clase de política; todos le hemos visto empenado en *hacer* Gobernadores de Provincia, sacándolos de las filas del Ejército.

Por ahora tiene Vd. tres: el General Racedo en Entre Rios, el Coronel Ortega en Mendoza y el Mayor Daza en Catamarca.

No digo que los militares esten inhabilitados para ocupar esos puestos, y aun otros mas elevados.

Algunos de ellos han sido Presidentes, y aun quedan otros muy dignos de llegar á las mismas dignidades patricias.

Los militares no estan escludidos de los honores civiles, y bien

pueden llevar sobre su pecho otras insignias que las que sirven para atestiguar los méritos adquiridos en su noble carrera.

Peró Vd. ha *hecho* Gobernadores á algunos de sus compañeros de armas, con fines particulares; contando con que ellos responderán en todo momento á la menor insinuacion de su parte.

Y no se engaña, porque haciendo aquellos las veces de capaces, y teniendo necesidad de que Vd. los apoye para sostenerse, se ven obligados á conservarle la más absoluta obediencia.

Obediencia de soldados, que conocen la disciplina y que saben naturalmente á lo que se espondrian, si Vd. tuviese motivo para sospechar de ellos.

Todos saben como entiende y aplica Vd. las leyes militares, en casos de obediencia y de respeto á los superiores.

El arresto del General Mansilla hizo ver á los Gefes del Ejército hasta que punto exageraba Vd. su celo á ese respecto.

Les advirtió que un militar, por el hecho de serlo, y por mas alta que fuera su graduacion, no tenia opiniones delante del Presidente.

Y si eso les ha enseñado Vd., tratándose de una simple carta, ya podrán calcular esos Gobernadores cual sería el grado de su responsabilidad, si queriendo serlo verdaderamente, aflojaran un poco los vínculos que los atan.

Vd. no les perdonaría ningun acto de *ingratitude* y de *deslealtad*, y aprovecharía la primera circunstancia para caer sobre ellos con *todo el poder de la Nación*.

Vd. no admite contradicciones, y estamos viendo como se conduce hasta con aquellos que nada le deben.

¡Cómo será tratándose de los que tiene atados por el agradecimiento!

¡Cómo será, sobre todo, tratándose de los militares!

A estos no les deja Vd. ni el resuello, ni la libertad de sentir, ni el derecho de pensar.

Los condena al silencio, á una ciega sumision, á la disciplina, al triste rol de autómatas, ¡á ellos, que han derramado su sangre para que haya hombres libres!

Comprendo su política; es la política de un gobernante que no admite desigualdades, y que levanta su autoridad á la altura de un fanatismo.

De un fanatismo depresivo para la razon, que suprime el derecho y acaba por matar la personalidad colectiva de un pueblo republicano.

Esta política sin ideal, es la que vá haciendo el vacío en su derredor; es la que vá alejándole de todos sus amigos, es la que ha de perderle al fin.

¿Qué pueden buscar á su lado las personas de sana intencion?

Un hombre que medianamente se respeta á sí mismo, no puede aguantar mucho tiempo el peso de una autoridad que todo lo avasalla y lo absorbe.

Vd. necesita cabezas inclinadas, bocas enmudecidas, sonrisas serviles.

Pero no todos estan dispuestos á representar esos papeles, y como son muchos los que se le han alejado por esa misma propension suya á rebajar y envilecer los caracteres, el círculo de sus amigos se ha ido poco á poco estrechando.

Si Vd. no ha visto que sus filas estan raleadas, ha empezado al menos á dudar de la lealtad de sus partidarios; á dudar de su mismo poder, que ayer no mas le parecía incontrastable.

Cuando un gobernante llega á esta situacion de espíritu, se vé esclavo y víctima de sus propios recelos.

El día en que Lopez desconfió de todo el mundo, mandó fusilar á sus hermanos y hasta hizo azotar á su propia madre!

Estoy muy distante de creer que Vd. sea capaz de imitar ni soñando la ferocidad de aquel monstruo; pero creo que las desconfianzas acabarán por dejarle á Vd. solo.

Aun no ha llegado ese día; pero acaso se acerca.

Aun tiene Vd. Provincias donde se hace su voluntad, Gobernadores que responden á su política, soldados con quienes tal vez puede contar.

Pero todo esto constituye un poder muy precario.

No es el poder que Vd. necesita para dominar las resistencias que se amontonan sobre su cabeza, en proporcion de los errores que comete y á medida que entra Vd. en el ocaso.

XII

« Cualquiera que llegue á hacerse dueño de una ciudad acostumbrada á gozar de la libertad, y no la destruye, debe temer que será destruido por ella.»

Los chilenos tomaron al pié de la letra estas palabras del autor del *Príncipe*, y en su marcha triunfal por el Perú, cometieron las mas inauditas atrocidades.

Degollaron prisioneros rendidos, saquearon poblaciones enteras, y mas bárbaros aun que las hordas de Alarico y de Atila, aceptaron el rescate del vencido, pegando fuego á sus ciudades mas florecientes.

No es ese sin embargo el sentido que encierran las palabras del Secretario Florentino.

El dió á entender con ellas, que para asegurar el afecto de una Nacion conquistada ó de una Ciudad sometida, era preciso dejarla en el goce de sus leyes y de sus costumbres.

Esa fué la política con que los Romanos afianzaron su dominacion sobre todo el órbe, y si bien es cierto que destruyeron á Capua, Cartago y Numancia, debe tambien decirse que esas fueron escepciones, motivadas y hasta justificadas por su sistema de

contemporización con los pueblos sometidos al poder de sus armas.

Maquiavelo, tan calumniado por la ignorancia, no procuró mas que el bien público al través de sus ironías.

Macaulay, á quien, segun dicen, lee Vd. con frecuencia, ha formulado á mi parecer, un juicio exacto sobre aquel gran pensador del siglo XV, que vivió en la córte de los Médicis, admirando el fausto y los crímenes que les hicieron famosos.

«Parecerá ridiculo que afirmemos, dice el historiador inglés, que
» hay muy pocos escritos en los cuales se manifieste mas elevacion
» de miras que en los de Maquiavelo, amor mas acendrado y puro
» por el bien público y aspiraciones mas nobles y mas justas en
» órden á los derechos y deberes de los ciudadanos.»

Multitud de pasajes, pueden sin embargo encontrarse para confirmar esta opinion, en el mismo libro del cual hemos tomado las palabras trascritas que sirven de testo á mi carta.

Aquí tiene Vd. uno que me viene á la mano.

«Un ciudadano que asciende al principado civil por el favor del pueblo, debe cuidar mucho de conservar su afecto, lo que es
» fácil siempre, como que *lo único que el pueblo quiere es no ser*
» *oprimido.*»

Estas palabras que parecen destruir las primeras, no hacen mas sin embargo que confirmarlas.

Y en efecto, ¿qué es lo que el autor del *Príncipe* quiere dar á entender realmente en uno y otro pasaje, sino que es preciso contemporizar con la libertad, si no se prefiere ahogarla en un bárbaro despotismo?

Si Vd. hubiera seguido el consejo de Maquiavelo, gobernaría hoy sin resistencia en la Ciudad mas ilustrada y populosa de la República.

Pero Vd. no ha querido desarmarse de sus prevenciones personales, ni se ha cuidado de ganar el afecto del pueblo, que pide siempre tan poca cosa á sus mandatarios.

Vd. subió al poder con el ceño adusto y sin haber podido olvidar que Buenos Aires se le habia puesto un dia por delante.

A diferencia de Avellaneda, que encontró iguales resistencias, pero que las olvidó en posesion del mando, Vd. no ha hecho otra cosa que reavivar sus resentimientos.

Nunca ha perdonado Vd. á Buenos Aires el *crimen* de haberle negado su voto.

Es por eso que ha descargado sobre ella todo el peso de su amor, propio ofendido.

En vez de respetar á una Ciudad acostumbrada á ser libre, *para no ser destruido por ella*, ¿qué ha hecho Vd. sinó humillarla y oprimirla?

En vez de dejarla en el goce de su libertad, para ganarse su afecto, la ha puesto Vd. bajo la custodia de tres mil soldados de línea, á fin de que no tenga ni el derecho de elegir á sus funcionarios mas subalternos.

Asi ha sido tratada por Vd. la primera Ciudad de la República.

¿Qué es hoy este gran centro de poblacion sinó un campamento?

Pero no se ha contentado Vd. con levantar una tienda como el

beduino errante en la Plaza de Mayo, sinó que medita desmembrar la Provincia de Buenos Aices, para acabar con este poder en que casi escollaron sus ambiciones.

El otro dia revelaba yo este plan en una de mis cartas, y diarios que viven del tesoro Nacional, lo confirmaron á la mañana siguiente.

¿Qué ha conseguido Vd. con esta política?

Hacerse odioso á un pueblo cuyo efecto pudo ganar fácilmente. No le costaba mas sacrificio que dejarlo en el goce de su libertad.

Poca cosa le pedia, y era no ser oprimido.

Vd. sabrá decir algun dia, si es mejor ser aborrecido que amado.

Por de pronto, lea á Maquiavelo y él le pondrá esta eterna verdad por delante: «Cuándo los hombres reciben |beneficios de » la mano misma de que esperaban agravios, se aficionan á su » dueño con mas eficacia.»

XIII

Dicen que Vd. no lee mis cartas.

Es muy posible que así sea; pues nada puede haber más desagradable para un hombre acostumbrado á la adulación, que el éco importuno de la verdad.

Vd. tiene, por otra parte, amigos solícitos que han de ahorrarle ese disgusto, tomando todas las precauciones necesarias para impedir que mis cartas lleguen á sus manos.

Pero nadie, como decía Guizot, se halla tan alto, á cuyos oídos no lleguen las voces pronunciadas desde abajo.

Un gobernante está en el deber de escucharlo todo.

No tendría Vd. medio de conocer el estado de la opinion pública, si se encerrase en una desdeñosa indiferencia para con los juicios adversos á su persona ó á su política.

¿Qué le podrán enseñar sus aduladores?

Nada que no sirva á mantenerle en una perniciosa ignorancia, respecto de las cosas y de los hombres de su país.

Lisongearán su amor propio; le dirán que es un soldado como Bonaparte, un político como Talleyrand, un patriota como Washington.

Admirarán su sabiduría, su prudencia, su acierto.

Tratarán de hacerle creer que su popularidad es inmensa; que su nombre es aplaudido y bendecido por todas partes; que el país vive contento y feliz bajo su Gobierno.

Aplaudirán todos sus actos, festejarán todos sus dichos, sonreirán cuando Vd. sonría, estornudarán cuando Vd. estornude.

¿A que no ha encontrado todavía uno solo entre sus cortesanos, que le diga con varonil franqueza: General, yo no tozo, aunque V. E. reviente?

Es claro que viviendo en una atmósfera semejante, no puede Vd. darse cuenta de lo que pasa á su derredor.

De aquí el punto de vista falso desde el cual mira Vd. las cosas de su país.

De aquí los errores que van complicando su situación y dificultando cada vez mas los últimos actos de su Gobierno.

Vd. se encuentra con los ojos vendados, en medio de las corrientes que señalan rumbos opuestos á su política.

Crée que pisa en tierra firme, y la tierra se mueve, como al borde de un precipicio.

Se imagina que el país está satisfecho de su suerte, y no oye los murmullos de descontento que empiezan á levantarse de todas partes.

Hace cálculos de dominación para el porvenir, y no vé que corren las horas presentes como los sueños, á la caída de una tarde llena de sombras y dé voces siniestras.

Sus aduladores le han pintado una situación incommovible, y el país comienza á inquietarse sintiendo que palpita algo que parecía muerto dentro de su pecho.

Le han engañado, General, diciéndole que todo lo podía Vd. y que su voluntad era irresistible.

Si Vd. pudiese colocarse á la altura de la verdad y percibir las cosas como son, vería el cúmulo de resistencias que se levantan por todas partes para desbaratar los últimos planes de su política.

Así mismo, engañado como está, no dejará de comprender que algo extraño sucede en el país, cuando se conmueve á la voz de un hombre sin poder, que ha ido derecho á su corazón para ver si había cesado de latir.

El éxito de mis cartas, buscadas y leídas de uno á otro punto de la República, es el éxito de la verdad.

Yo no habria conseguido despertar la atención sobre ellas, sino hubiese acertado á interpretar el sentimiento de todos.

Menos de quince días me han bastado para hacer dudar de su poder, aun á los mismos que lo creían incommovible.

Mi diario, casi muerto como todo lo que yace bajo la sombra de los Gobiernos de fuerza, se ha levantado en pocas horas á la altura de los primeros, y acaso es mas ansiosamente buscado que ninguno.

¿Cómo le esplicarian á Vd. sus malos consejeros este extraño fenómeno?

No lo sé; pero el fenómeno se explica naturalmente por un movimiento visible de opinión contra las tendencias depresivas de su Gobierno personal.

Todos ven en mis cartas el reflejo de sus propias convicciones. Y por eso las buscan.

Dicen que Vd. no las lee.

Será sin duda por ahorrarse un disgusto,

¿Que poderoso ensoberbecido ha escuchado jamás la verdad sin irritarse?

Pero aun que Vd. no las lea, han de llegar al ménos hasta sus oídos los écos poderosos que ellas levantan.

La verdad no ha sido hecha para ser arrastrada por el lodo, ni perderse en el vacío, sino para resonar en todas las almas, y elevarse á todas las alturas.

XIV

Hace tiempo que viene Vd. preparando, con cierta habilidad y sigilo, la candidatura de un miembro de su familia, para perpetuar en ella los favores y los goces del poder público.

Ninguno de sus amigos, ni el mas íntimo, podrá tal vez jactarse de haber merecido de Vd. la revelacion de semejante secreto.

Reservado por naturaleza y por cálculo, se lo ha escondido Vd. en el fondo de su conciencia.

Allí han ido á golpear inútilmente los que han hecho un negocio de las eventualidades de la política.

La respuesta ha sido el silencio.

Pero lo que Vd. no ha querido dar á entender ni con sus sonrisas, lo dicen claramente los hechos.

La elevacion del General Racedo al Gobierno de Entre-Ríos, fué para mí la primera revelacion de ese plan.

Vd. conocia al hombre, y sabia qué clase de vinculaciones existian entre él y su pariente predilecto.

Cuando fué, pues, necesario echar su influencia en el platillo

de la balanza, donde se ha pesado tantas veces el destino de los pueblos, Vd. lo hizo inclinar del lado donde estaban sus intereses.

Racedo triunfó, porque le aseguraba para lo futuro el voto de una Provincia.

Lo mismo hizo Vd. en Santiago del Estero, para crear una situacion que respondiese á sus fines.

Allí trabajó Vd. por manos ajenas para derrocar á Gallo, y elevar á un hombre de su entera confianza.

Si en Santa Fé no ha podido hacer Vd. otro tanto, es porque ha encontrado mayor cúmulo de resistencias.

Quiso Vd. imponer la candidatura del Dr. Zeballos, y la vió caer hasta en el ridículo.

La intervencion llevada últimamente á Catamarca, le asegura, al ménos por ahora, otro voto mas para las elecciones Presidenciales.

El Gobernador impuesto por las armas nacionales, responderá á los proyectos que Vd. viene acariciando y revolviendo en su mente hace mucho tiempo.

Le falta aun contar con la Provincia de Buenos Aires; pero aqui empiezan los escollos de sus planes futuros.

Para contar con ella seria preciso otra intervencion como en Catamarca.

¿Pero, á propósito de qué?

A propósito de una conspiracion cualquiera.

¿Y quién la solicitaria para llenar siquiera los requisitos constitucionales.

Es posible que no la solicitase nadie; pero en este caso se apelaria al sofisma.

El sofisma legaliza los hechos, y ellos tienen entre nosotros mas poder que las leyes.

En esto está Vd.; buscando el medio de hacer una situacion suya en la Provincia de Buenos Aires.

El medio que mejor salve las formas constitucionales, para disminuir la deformidad de un escándalo que conmoveria á toda la República.

¿Encontrará lo que busca?

No lo sé; pero es lo cierto que se encamina sigilosamente hácia la realizacion de un desigño, que aun persiste en mantener oculto á los ojos de sus propios amigos.

Es lo cierto que Vd. procura transmitir el poder á una persona de su propia familia.

No estrañaría sin embargo que Vd. levantara aparentemente otro candidato, alguno de sus Ministros, por ejemplo, como para desorientar y dividir la opinion pública.

Sería un golpe maestro, digno de su astusia, poner una pantalla por delante y trabajar ocultamente por otro.

Acaso es este su plan.

De todos modos, tendrá Vd. que luchar con una seria oposicion en el pais.

El país no ha de aceptar una imposicion que falsea por su base todos los principios del Gobierno republicano.

No ha de consentir que Vd. legue el mando á un miembro de su familia, alzándose con el derecho de todos.

Tal escándalo sublevaría á la República entera.

Mande Vd. que sus diarios continuen ponderando los beneficios de la paz; pero que no la hagan consistir en la abdicacion de nuestros mas sagrados derechos.

La paz sí, para gozar de la libertad, no para perderla; porque la paz asi seria una asechanza.

Vd. que dice amarla tanto, tiene un medio muy sencillo de conservarla hasta el fin de su Presidencia, y es renunciar al proyecto de nombrar por sí mismo á la persona que ha de sucederle en el mando.

La guerra, que todo el mundo odia, solo puede provenir por culpa de Vd.; nadie mas que Vd. puede hacerla.

¿Quiere de buena fé cumplir la palabra que dió al país, al tomar posesion de la autoridad pública?

Proteste solemnemente contra los cargos que se le hacen de querer trasmitir el poder á un miembro de su familia; empeñe su honor en el sentido de dejar á la República en completa libertad de elegir á su primer magistrado; dé prendas de la sinceridad de esa promesa retirando á las fronteras un Ejército innecesario en medio de una Ciudad comercial: haga todo cuanto un gobernante patriota debe hacer para tranquilizar la opinion y alejar de Vd. hasta la mas léve sospecha, y entonces esta paz, que quieren todos los hombres civilizados, unos por inte-

res propio, otros por el bien público, no tendrá fin, ni dudas, ni sombras.

Pero Vd. se ha empeñado en una partida cuya solución pondrá en peligro la suerte de la República.

¿Será cierto que el último acto, como dice Pascal, es siempre sangriento?



XV

Todos estamos interesados en que Vd. concluya su Gobierno sin escenas violentas.

Solo Vd. parece empeñado en arrastrarnos á la guerra civil, sin que cese por eso de proclamarse como el sostenedor mas ardiente de la paz pública.

El camino que Vd. lleva no conduce ni puede conducir á otro fin que ese.

Cierto es que si agachásemos la cabeza para hacer ciegamente su voluntad, reinaria el órden mas admirable en el pais; pero, General, no estamos todavia en la condicion de los soldados que maniobran al son de un corneta y van á hacerse matar en un campo de batalla, sin preguntar por quién, por qué, ni para qué.

Somos ciudadanos de un país libre, y no hemos abdicado nuestra personalidad, para dar á Vd. el derecho de mandarnos como al 7º de línea.

¿Por qué ha de desempeñar la mas alta Magistratura de la República como si fuera una simple *Gerencia Comercial*?

¿Por qué no ha de comprender alguna vez que el Gobierno de la sociedad es la funcion mas augusta y solemne de la vida?

A fuerza de pensar que está al frente de *una gran casa de negocio*, ha concluido Vd. por persuadirse que esta *gran casa* le pertenece.

Nadie seguramente le quitará de la cabeza que somos propiedad suya; algo como chiguas de cerda ò fardos de lana.

¿Qué otra cosa puede creer un hombre que, en cuatro años de administracion, no ha encontrado absolutamente quien se oponga á su voluntad?

Preciso es sin embargo que vaya desengañándose; está Vd. en un grandísimo error.

Lo que Vd. tiene entre manos no es una *Gerencia Comercial*; es el Gobierno de su país.

Este país está regido por una Constitucion liberal, que dá al pueblo, como único soberano, el derecho de elegir á sus principales funcionarios.

Ese derecho no lo ha delegado en Vd., ni podria delegarlo en ningun otro, porque es inherente á su personalidad.

Mientras tanto, Vd. lo ha venido ejerciendo en parte, á fin de llevar al Congreso y á los Gobiernos de Provincia, hombres que le sirvieran de ayuda para afianzar y perpetuar su predominio en las cosas públicas.

En parte tambien ha conseguido su objeto.

Podría decirse que es Vd. dueño de media República.

Todavía le falta la otra mitad, y esta es la idea que viene bajando su espíritu.

Vd. busca en medio de sus cavilaciones, allá en los insómnios

de la ambicion, el camino que le conduzca á la realizacion de su último sueño.

¿Pero, á dónde mas podría conducirle ese camino, que á la usurpacion de la soberanía popular y á la *guerra civil con todos sus horrores*?

Solo cometiendo tan gran crimen podria asegurar, por algun tiempo mas, su dominacion en el país.

No hemos de poder impedir que Vd. lleve adelante los fines que se propone; pero hemos de cruzarnos por su camino; hemos de hacer, sobre todo, cuanto podamos para desbaratar esos planes, antes que se traduzcan en movimientos anárquicos, en batallas y en sangre.

Vd. está empeñado en arrastrarnos á la guerra civil, y nosotros en huir de ella.

Digo que ese es su empeño, porque quiere á todò trance imponernos un sucesor.

No valía entonces la pena de haber luchado tantos años por darnos una Constitucion, si habíamos de venir á abdicar en Vd. el derecho de elejir quien nos mande.

¿Valdría la paz, á cuya sombra se guarece Vd., el sacrificio de esa abdicacion?

Quien lo pensase así, seria el mas egoista y malvado de los ciudadanos.

El juramento que Vd. prestó como Presidente de la República, no fué el de mantener la paz, sinó el de hacer cumplir, y cumplir Vd. el primero, las instituciones y las leyes de la Nacion.

En ese juramento estaban comprendidas las promesas que hizo en el discurso inaugural de su Presidencia.

La paz tenía que ser simplemente el resultado de una administración horrada y leal.

Pero Vd. la tomó como causa, en vez de tomarla como efecto, y quiere que considerándola nosotros como el mas supremo de los bienes, hagamos por ella el sacrificio de todos nuestros derechos.

Es este el falso punto de vista de donde Vd. parte, para escusar y aun para legitimar una ambicion desmedida.

Buena es la bandera de la paz; pero es preciso ver quien la levanta y que se esconde á su sombra.

¿No suele haber víboras debajo de las flores?

XVI

Un Czar de Rusia, Alejandro I, decía en Verona al representante de la Francia: «La Providencia ha puesto á mis órdenes 800,000 soldados, no para satisfacer mis ambiciones, sinó para proteger la religion, la moral y la justicia.»

De este modo comprendia y esplicaba su formidable poder, el soberano absoluto sobre quien se habian fijado las miradas y las esperanzas de Europa.

El creía que la Providencia le habia dado la fuerza para *defender la religion, la moral y la justicia*; el, que no era mas que un *bárbaro* de las orillas del Neva, armado en nombre de la civilizacion para sostener la paz y la independencia de las Naciones.

¿Cómo esplica y comprende Vd., por su parte, el poder material que las instituciones de un país libre han puesto en sus manos?

Simple y únicamente como un elemento indispensable para sostener una situacion, á la que Vd. ha ligado sus propias miras personales.

La *religion, la moral, la justicia* que el Czar de Rusia señalaba

como objetos exclusivos de su ambicion, no han entrado para nada en su programa Presidencial.

Su único punto de mira ha sido la conservacion de la paz.

Vd. no crée que la *Providencia* le ha dado 10,000 soldados de línea para asegurar á la República los dones de la libertad, sino para hacerlos servir á su propio engrandecimiento.

El Ejército es simplemente para Vd. una fuerza destinada á labrar su propia fortuna.

Por eso se ha empeñado Vd. en sostenerlo, tal cual está, sin disminuir un solo hombre, á pesar de los apuros del erario y aun cuando la Nacion se halla en paz con todo el mundo.

Es que Vd. tiene necesidad de batallones para avasallar el país y hacerse árbitro de su suerte.

Es que con ellos nombra Vd. Municipales, Diputados, Gobernadores.

Es que con 10,000 soldados de línea puede Vd. alzarse contra las instituciones del país y asegurar el poder en su propia familia.

¿Qué es, pues, el Ejército en sus manos sino un instrumento de ambicion?

¿Qué busca Vd. con las bayonetas sino imponer su voluntad á los ciudadanos?

Ya lo ha visto Buenos Aires en las inscripciones Municipales, donde se ha hecho un lujo descarado de la fuerza.

Pero tambien ha visto el inmenso vacío que se ha hecho en derredor de Vd.

Tambien se ha convencido de que la opinion de la Capital,

donde fueron siempre tan escasos sus partidarios, le es hoy completamente adversa.

Las inscripciones de estos últimos días han venido mostrando que su poder, menos verdadero que artificial, está exclusivamente reducido á las tropas de línea.

¿Le bastará ese poder para imponer su voluntad á una Nación acostumbrada á ser libre?

Hay otro mayor que ese, y es el poder de la opinion pública, con el que no pueden luchar en este siglo los Gobiernos refractarios á la libertad.

La verdadera fuerza está en el derecho.

¿De qué le valen al último Alejandro de Rusia los 800,000 soldados, que el nieto de Pablo destinaba á sostener la *religion*, la *moral* y la *justicia*, si ni siquiera sirven para garantir su propia vida amenazada?

Hace Vd. malos cálculos, General, si los funda, como parece, en la ciega obediencia del Ejército para satisfacer sus ambiciones personales.

Los soldados argentinos, tan pundonorosos en el cumplimiento de sus deberes, tan desinteresados en el sacrificio, tan bravos en el peligro, no tienen hábiles las manos para forjar cadenas.

Podrán morir por la patria, pero jamás se alzarán contra sus leyes.

Por esta vez, General, he concluido.
